

Había una sola puerta, con un cartel encima que decía: ERROR. Por ahí salí. No era como en los restaurantes o en los cines, donde hay dos puertas vecinas, una de «Damas» y otra de «Caballeros», y uno elije la que le corresponde. Aquí había una sola. No había elección. No sé qué palabra debería haber tenido la otra puerta, cuál habría sido la alternativa de «error», pero no importa porque de todos modos no había más que una. Y no estoy seguro de que yo hubiera elegido la otra, en caso de que la hubiera. Sea como sea, tengo esa justificación: que era la única puerta para salir, la que decía «error». Y yo tenía que salir...

Salí a un jardín formal, que se extendía hasta perderse de vista. Por el camino central A. se alejaba, sin esperarme, como si se hubiera olvidado de mí. Tardé un instante en reconocerla, de espaldas y caminando decidida. ¿Realmente se iba sin mí? No me habría extrañado. Era muy de ella,

hacer de pronto como si yo no existiera, lo que me resultaba tanto más desconcertante ya que toda nuestra relación estaba marcada, de parte de ella, por su dependencia implacable de mi persona, de mi presencia, al punto de hacerme sentir preso o hechizado. Caminé de prisa hasta alcanzarla y la tomé del brazo. No me miró ni me habló. Suspiré, desalentado, aunque sin preocuparme mucho, porque estaba acostumbrado a sus cambios de humor, a sus silencios. Después de todo, si ella no disfrutaba del paseo, podía hacerlo yo.

Vi un tero cruzando el sendero de piedritas rojas. ¿Sería un tero? No veía uno desde chico, y creo que ni siquiera entonces, cuando vivía en el campo, había visto nunca uno de tan cerca. Eran animales tímidos, huidizos, tenían una estrategia inteligente para proteger el nido, que hacían en el suelo: cuando veían acercarse un extraño se iban lejos corriendo ocultos en el pasto, y ya a buena distancia asomaban y armaban un escándalo de gritos y aleteos, como diciendo «defenderé este nido con mi vida si es necesario», y si el atacante caía en la trampa e iba hacia allí, no tenían más que alzar el vuelo... Pero también recordé que había teros de jardín, domesticados; no sé si los tenían con fines decorativos o para que se comie-

ran los insectos dañinos. Entonces yo debía de haberlos visto de cerca, quizás hasta había convivido con uno, y lo había olvidado. Éste podía no ser un tero; yo había pensado en un tero por analogía; podía ser alguna clase de garza enana, o cualquier otra cosa. Yo desconocía la fauna de El Salvador; bien pensado, no creía que en estas tierras de selvas y volcanes existiera un ave como el tero, tan adaptado a las llanuras.

Pero podían haberlo importado, como una atracción más del jardín. Apuró el paso cuando nos acercábamos, aunque no parecía asustado. Era elegante, esbelto, heráldico; pero demasiado pequeño para cumplir con una función de adorno visible. Los setos eran altos, de más de un metro; el tero podía pasar desapercibido para todo el mundo aun cuando se pasara el día pavoneándose, con esos pasos largos que le hacían balancear la cabeza, el copete de pluma negra bien peinado hacia atrás. Por lo pronto, yo fui el único que lo vio. Óscar y su mujer iban hablando entre ellos, en susurros, y A. seguía absorta en sus pensamientos.

Los setos estaban cuidadosamente recortados, en líneas rectas, tan prolijos que los más lejanos parecían bloques sólidos de materia verde, sólo de

cerca se veían las hojitas; ni una sola asomaba de los planos. Debía de haber un ejército de jardineros trabajando todos los días en el mantenimiento. A esa hora, la última de la tarde, no se veía ninguno; tampoco había visitantes: nosotros éramos los únicos, y ya nos íbamos. Era un tanto incongruente, en un país tan pobre como El Salvador, un jardín formal de esas dimensiones, tan cuidado, tan lujoso. Aunque quizás tenía su razón de ser, en medio de la miseria y el caos político: daba trabajo a una legión de empleados estatales, un trabajo que los distraía y les ocupaba la mente. Debía de cumplir también una función simbólica, al desplegar para sus visitantes un orbe de regularidades geométricas, en medio de las sucesivas catástrofes históricas que vivía el país. Estaba abierto a todo público, sin restricciones. Los setos dibujaban triángulos que se repetían simétricamente, los senderos trazados en arcos de poca curvatura se cortaban formando largos ochos.

Yo también estaba necesitando de la función simbólica, del orden de un régimen de signos que le diera algún sentido a mis actos, o estableciera una regularidad cualquiera en la maraña oscura que se había vuelto mi vida. Tal vez hablando con alguien inteligente encontrara un alivio, siquiera

momentáneo. Pero no dije nada. Me sentía aplastado por una profunda tristeza sin causa. Esa desazón me subía por el cuerpo como un sentimiento anticipado, el efecto de una causa que todavía no había sucedido y que no podría evitar. Habría querido explicarme con A., pero no valía la pena. En parte porque podía enterarme de cosas que no quería saber; mi política ha sido siempre ignorar todo lo posible de lo que me rodea, saber sólo lo indispensable. Y temía un estallido emocional que acabara con la paz precaria en la que nos hallábamos. Además, yo sabía lo que le pasaba, no necesitaba que me lo dijera. Era una tontería. Había quedado molesta y preocupada por el accidente con su cámara. No sabía si me culpaba a mí; podía hacerlo, y seguramente lo hacía, aunque era injusto; yo había olvidado mencionarle el efecto de los vidrios contra los que había tomado la última foto. En su irracionalidad femenina me culpaba más, de eso estaba seguro, por haberle dicho después que el problema tenía fácil solución (lo que era cierto). Bastaba con hacer extraer el rollo en una cámara oscura, y comprar otro.

Con furia mal contenida me había respondido que era domingo, y las tiendas de fotografía estaban cerradas.

Pero ya era casi de noche, le dije, y por ese día no habría oportunidad de sacar más fotos de todos modos. A la mañana siguiente a primera hora...

Ahí había intervenido Óscar, para decir que el día siguiente era feriado, una fecha patria, y no encontraríamos nada abierto.

A. y yo partíamos al día siguiente a la tarde. Si no había ocasión de solucionar el problema, no habría más fotos y la misión corría peligro de fracasar.

Quedé con una punta de resentimiento contra Óscar, por la complacencia con que se apresuró a informarnos del impedimento. Era como si supiera que la irritación de A. se volvería contra mí. Podía ser injusto de mi parte. En realidad no había hecho más que darnos un dato objetivo, en el momento en que venía a cuento. Pero podría haberse guardado para un rato después, cuando el clima psicológico se hubiera despejado. El malhumor hacía que lo pequeño se volviera grande. A los tres nos había puesto incómodos el estallido de furia de A. cuando vio inutilizada su cámara, las palabrotas que soltó; en ese momento, había sido como si no le importara nada de nosotros y del clima de laboriosa cortesía que nos habíamos esforzado en construir.

Óscar le había caído mal a A., de entrada, y él se sentía blindado, protegido, en esa membrana de hostilidad; podía decir o hacer cualquier cosa, que no alteraría ese sentimiento; en cierto modo, lo liberaba; por su parte, sentía curiosidad por ella, por la belleza intrigante que había atravesado tantos países y acontecimientos, por sus actividades, y también por su relación conmigo. No se atrevía a preguntar nada directamente. Esa tarde había traído a su mujer para que la conociéramos, quizás con la intención secreta de obtener información por medio de ella, si se producían confidencias entre mujeres. Nada más improbable, conociendo a A. Tenía demasiado que ocultar. Yo era el único que lo sabía todo, o casi todo, y eso era motivo de los amargos reproches que ella me hacía, y se hacía, por haber sido «un libro abierto» para mí, por ingenua, decía, por confiada, antes de percatarse de lo poco de fiar que era yo.

Y Edith, la mujer de Óscar, no tenía ninguna de las características que la habrían hecho candidata a recibir confidencias de nadie. Era norteamericana, hablaba con dificultad el castellano, era muchos años mayor que Óscar, y envejecida por la enfermedad. A esa hora y en ese lugar, bajo la luz sombría del crepúsculo, parecía un espectro.

El jardín no era tan grande como me había parecido minutos antes. Tenía un declive y yo había creído que se extendía hasta el horizonte sólo por hallarme en la parte más baja. Al ascender veía sus límites, que no estaban lejos. La tarde se prolongaba penosamente, en rebotes de gris. Me dio la impresión de que en los espacios que delimitaban los setos ya era de noche. A. persistía en su silencio malhumorado. Los otros seguían hablando en voz baja. De pronto Óscar se dio vuelta hacia nosotros y habló. Antes de oírlo tuve miedo de que hubiera algún problema, o saliera a luz al fin (en esa inquietante semioscuridad) todo lo no dicho hasta entonces. A. debió de compartir mi temor, o quizás yo se lo transmití, porque sentí un inconfundible estremecimiento pasando de su brazo al mío.

Pero se trataba de algo inofensivo. Óscar recordaba de pronto que al fondo del jardín se había construido una sala de exposiciones, o más bien un pabellón, para albergar la obra de un escultor. ¿Queríamos verla? Asentí sin pensar, sólo para ganar tiempo. Tomamos por un sendero lateral. A. se dejaba llevar, inerte, con los ojos fijos en el suelo. Óscar se había puesto a nuestro lado y decía que esa instalación permanente de esculturas

había levantado protestas en la ciudad. No por el contenido, al parecer, sino por la ocupación de un lugar público, y el sesgo vanguardista de la obra. Pregunté si era reciente. Vaciló. No tanto, dijo. Creía que estaba hacía unos años ya, pero él no la conocía. Ya antes nos había dicho que hacía veintitrés años que no pisaba el jardín público, joya botánica de la capital en la que vivía. Se disculpaba por no ser un guía turístico muy adecuado...

Cuando llegamos a la escalera que bajaba al pabellón, me sorprendió que no lo hubiéramos visto antes, tan enorme era; el desnivel lo ocultaba; comenté que no había tanto motivo para quejarse, dado lo discreto de su ubicación. Era una construcción alargada, de unos cien metros de largo y veinte de alto, toda en membranas de plástico traslúcido, sostenidas por arcos metálicos; semejaba un tubo seccionado por la mitad. La escalera era curva, de piedra blanca. Mientras bajábamos A. levantó la vista, y al ver el nombre del artista, escrito en grandes letras a un costado de la entrada, fue como si se despertara. Me lo señaló con una exclamación, pero yo no lo conocía. Era un nombre extranjero. Ella empezó a hablar con volubilidad: era un artista favorito suyo, y no

sólo suyo, pues era reconocido como uno de los más grandes escultores del mundo, una leyenda viviente, un sabio también, ejemplo e inspiración de las víctimas de la Historia...

Me alegré de esta bienvenida distracción providencial, que la sacaba, siquiera momentáneamente, de su humor sombrío. Al mismo tiempo, sentí temor.

Entramos. A esa hora, éramos los últimos visitantes, y daba la impresión de que habíamos sido los únicos del día. Era como entrar a una fábrica abandonada, con máquinas para hacer cosas inimaginables. Las obras que se exponían eran grandes aparatos de hierro, que nos empequeñecían cuando nos internamos entre ellos. Parecían grúas, o locomotoras, desarmadas y vueltas a armar al azar, o al revés, con las partes pintadas de colores vivos, dislocadas, ensambladas de modo que parecían desafiar a la gravedad. Se podía circular dentro de ellas, y no se sabía bien dónde terminaba una y empezaba otra. A. se había puesto a explicarles algo a Óscar y Edith, que la escuchaban atónitos. Aproveché para alejarme, simulando buscar mejores ángulos para admirar esos armatostes. Necesitaba estar solo aunque fuera unos minutos. La permanente tensión espiritual de A.

me asfixiaba. Su mente actuaba en el registro de la obsesión, enfocada en los pequeños inconvenientes que surgían en el transcurso de una jornada cualquiera, pero a su vez vigilada por un alma insatisfecha, perfeccionista. Ponía en la cuenta de su condición de mujer todos sus resentimientos, rencores y fracasos. Alguna vez, años antes, cuando la comunicación entre nosotros había sido más fácil, yo había objetado que ser hombre no me había beneficiado especialmente. Al contrario, me había planteado exigencias y responsabilidades que terminaron agotando mi vitalidad. Su respuesta fue violenta y contundente: yo era un cobarde. Y sin embargo una vez, cuando nos conocimos y yo abandoné todo por ella, me había premiado con una frase que guardé en el corazón: yo era «su soldadito valiente». ¡Qué lejos había quedado aquel elogio!

Yo nunca había sabido de este interés suyo por el arte, pero quizás lo que la atraía aquí no era el arte sino la voluntad sobrehumana que se traducía en estas esculturas.

La visita se prolongó largo rato. La única luz era la que se filtraba por las membranas curvas que formaban el techo y las paredes. La falta de iluminación eléctrica indicaba que abrían sólo de día,

en el horario de visita del jardín. La penumbra crecía, quebrándose en las caras caóticas, los picos, bolas, agujeros, ramilletes titánicos de hierro. Pero no estábamos solos. Había un hombre, mulato o indio, viejo, delgado, con el pelo teñido de rojo bermellón, que se paseaba entre las esculturas del fondo del tubo, mirándonos. Debía de ser el guardián, y estaba esperando que nos fuéramos para cerrar.

Resultó que era el guardián, pero no tenía ningún apuro por que nos marcháramos, al contrario. Cuando vio el interés de A., empezó a hablar, y dio señas de poder seguir haciéndolo indefinidamente. Lo sabía todo sobre el artista, del que era devoto. Le preguntamos si lo conocía personalmente. Asintió: había trabajado con él en la instalación de estas obras, y volvía a verlo cuando venía a la ciudad a ver si todo seguía en orden. ¿Dónde vivía? En Suiza, donde se hallaba una de las sedes de su Fundación, pero la central de ésta estaba en El Salvador, en su casa en medio de la selva, donde había vivido y trabajado durante años; últimamente se había ido a Europa por problemas de salud. ¿Era muy anciano? La edad no importaba, dijo: en un creador como él las fuerzas renacían a cada golpe de inspiración, la

juventud interior se imponía a los años... Para cortar ese chorro de lugares comunes le pregunté a A. si quería el catálogo, que estaba en venta y parecía bien impreso. Asintió y lo compré.

Cuando cruzábamos el jardín hacia la salida ella hojeaba el libro y me seguía hablando del artista. No lo había sido siempre: en su país natal había sido profesor, lustrabotas, peluquero, comerciante, periodista, hasta que las acusaciones de revisionismo le habían hecho perder el trabajo, la casa, la familia, y lo habían empujado al exilio, desnudo y solo. Después de una larga huida que duró años recaló en América Central, donde inició, ya pasados los cincuenta años, su trabajo en la escultura. Lo había hecho como un modo de recuperar simbólicamente lo perdido... Caminaba con el libro abierto en las manos, pero era casi de noche y no se distinguían bien los detalles en las fotos de las esculturas, ya de por sí intrincadas y confusas.

Óscar nos llevó a un café, donde el ánimo de A. volvió a ensombrecerse. No quiso tomar nada. Nuestros anfitriones comieron sándwiches y tomaron té, yo apenas un agua embotellada. En cierto momento las dos mujeres, que habían quedado del mismo lado de la mesa, se pusieron a

conversar entre ellas. No oí lo que decían; Edith tenía una voz muy apagada, y A., que normalmente hablaba alto y claro, ahora balbuceaba. Óscar me invitó a ver un mural que había en una pared del café, en el salón contiguo. Se levantó sin esperar mi respuesta y lo seguí, confirmando mi sospecha de que él esperaba que Edith le soncara información a A. No me preocupaba. En cierto modo perverso, me habría gustado que se enterara de todo, aun cuando fuera peligroso. Serían los únicos en saberlo, y allí en ese rincón perdido del mundo no podrían hacernos mucho daño. Pero sería como dejar una semilla; quedaría la posibilidad, siquiera remota, de que nuestra historia sobreviviera.

Claro que Edith, pobrecita, no era la persona adecuada. Quizás sí. La había visto devorar su sándwich y tomar el té con avidez; quizás su aspecto macilento ocultaba la fuerza y la sagacidad de una doble agente. Su marido, Óscar, era otro caso ambiguo. Se comportaba de un modo vacilante, tentativo, sin iniciativa. Daba la impresión de estar tan desorientado ante nosotros que nos llevaba de aquí para allá al azar, a la espera de algo que no se producía.